

ddad creció, la industria fue multiplicada y las leyes, derivadas de la Constitución, fueron, pecado más o pecado menos, aplicadas en su gran generalidad.

Esto no quiere decir que la comunidad regiomontana se hubiera desenvuelto durante todos esos años sin conflicto. Toda ciudad industrial es esencialmente conflictiva y Monterrey es un ejemplo de ello.

Lo que podría llamarse gran industria de Monterrey nació en los años finales del siglo pasado con la Cervecería Cuauhtémoc y la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey. La industria cervecera es, por su propia índole, parasitaria, no produce insumos, aunque, el único que produce para inmediato consumo es medianamente respetable. En cambio, la de fierro y acero es de las que se llaman industrias matrices, porque el insumo que produce es de múltiples aplicaciones. Ambas nacieron bajo el amparo y protección del porfiriato y fueron, desde su origen, sostenedoras de aquel sistema político y social y enemigas decididas del movimiento revolucionario de 1910. Andando el tiempo, la Fundidora de Fierro y Acero cambió su orientación política: la iniciación de la extensa obra material del gobierno de la Revolución, a escala nacional, convirtió al propio gobierno en el cliente principal de esa empresa y los directores se inclinaron más hacia el negocio que a la política. No ocurrió lo mismo con la industria cervecera porque el gobierno, como tal, no consume cerveza. Cervecería Cuauhtémoc no sólo mantuvo su oposición a todos los gobiernos de la Revolución, empezando con el de Madero, sino que, en alianza con el clero, pasó a ser el centro animador de la reacción política en Monterrey. La ampliación del mercado interno de la nación, merced a la obra pública del gobierno, favoreció el consumo de cerveza en el país y Cervecería Cuauhtémoc estuvo en posibilidad de estructurar su industria con otras nuevas, complementarias. Así se integró el llamado Grupo Monterrey, con eje en la Cervecería Cuauhtémoc. Muy pronto este grupo penetró en el campo de las finanzas con la

organización del Banco Aceptaciones, S.A. y se convirtió en el grupo industrial y financiero más importante del país. Su influencia social y política fue determinante en Monterrey y en la nación.

A la llegada del general Lázaro Cárdenas a la presidencia de la República y a la puesta en práctica, por el gobierno, de la Ley Federal del Trabajo y del artículo 27 de la Constitución, el Grupo Monterrey asumió desembozadamente la jefatura de la oposición al gobierno. A la constitución de la C.T.M. y de su filial en Nuevo León respondió con la formación de la Federación de Trabajadores del Norte —después Federación de Sindicatos Independientes— en la que inscribió a todos los trabajadores y empleados del grupo y de la que formaron parte, también, bajo presión ejercida por Aceptaciones sobre numerosas industrias, los obreros de estas últimas. Se tachaba al gobierno de Cárdenas y, desde luego, a los sindicatos de la C.T.M., de ser portadores de ideas comunistas, de ser destructores de la propiedad y agentes del extranjero para suplantar los valores nacionales, inclusive la bandera nacional por otra rojinegra. En realidad, lo que exigían los sindicatos de la C.T.M. era la contratación colectiva y el pago del séptimo día semanal, que, aunque figuraban en la ley, no se admitían ni respetaban anteriormente por las empresas. El reparto agrario constituía, para el grupo, una herejía comunista de mayúsculas proporciones. El general Plutarco Elías Calles había logrado introducir en el artículo tercero de la Constitución, a los pocos días de la presidencia del general Cárdenas, la extravagante tesis de que la educación en México debía ser socialista. Y este hecho fue el asidero providencial del grupo para legitimar su actitud. Aseguró que el gobierno de Cárdenas con sus *sindicatos rojos*, el reparto de tierras y la educación socialista, conducía a la nación al comunismo.

Aunque era un hecho evidente y real, el grupo no advirtió que la aplicación de la Ley Federal del Trabajo, mediante la contratación colectiva, y el reparto de tierra

en gran escala, destrababa el aparato productivo nacional encajonado en el molde feudal desde el tiempo de la Dictadura, para dar paso a una economía moderna, con un mercado interior más amplio para la industria como consecuencia de un reparto mejor de la riqueza. No advirtió el grupo que se trataba de una verdadera revolución económica en el país, con la misma ley como instrumento, que conducía, como ahora se puede ver, no a la instauración del socialismo, sino a sentar las bases para un extenso desarrollo de la industria nacional. La educación socialista no pasaba, por su propia índole antihistórica, de un puro juego de artificio en la alta política de la nación.

Nada de eso, el grupo se mantuvo de espaldas a la realidad. Creó el Centro Patronal de Nuevo León para tener una posición empresarial unida contra el gobierno. Y, para contrarrestar las ideas supuestamente disolventes del gobierno, creó la sociedad civil llamada *Sembradores de la Amistad*, de la que formaron parte los principales industriales, comerciantes y banqueros de Monterrey. Esta sociedad servía para ejercer censura sobre periódicos, publicaciones, películas y actos culturales cuya orientación y contenido no estuviesen previamente sancionados por los sembradores de la amistad. Era ridículo este pudor en hombres cuya vida empresarial, y en algunos casos la privada, no correspondía a los pronunciamientos monacales de la sociedad a que pertenecían.

El 5 de febrero de 1936 el grupo y el clero, unidos, organizaron una manifestación pública a la que concurren todos los trabajadores afiliados a la Federación de Trabajadores del Norte, sus familias y numerosa gente convocada por los sacerdotes. Resultó monstruosa, en relación con la escasa población que tenía la ciudad en aquel tiempo. El propósito era protestar contra el *gobierno comunista* del general Cárdenas. Después de esa demostración de fuerza pública, la ciudad y el gobierno del estado, quedaron bajo el agobio de esa presencia reaccionaria.

En la ciudad de México habíase organizado un cuerpo armado paramilitar, constituido por gente del lumpen proletariado, pagado por todos los centros patronales del país. Eran los *Camisas Doradas*, llamados así porque usaban camisas con un escudo dorado, a la espalda. Querían semejarse a los *Camisas Pardas*, de Hitler, y a los *Camisas Negras*, de Mussolini. Su misión era deshacer a tiros y palos las reuniones de obreros, campesinos, partidos políticos y gente del pueblo que fuesen sospechosos de *comunismo*. En el mismo año 1936, el Centro Patronal de Monterrey importó doscientos de esos elementos que llegaron a la ciudad en dos coches de ferrocarril. Los camisas doradas iniciaron aquí, inmediatamente, su trabajo. Balearon repetidamente, por las noches, temprano, los domicilios de los sindicatos más importantes, entre ellos el de la Sección 67 de mineros y metalúrgicos donde hirieron a dos trabajadores que ahí se encontraban. Más tarde, en ese mismo año, balearon, en compañía de algunos prominentes hombres de empresa de la ciudad, desde la azotea de un edificio situado en la esquina de las antiguas calles de Morelos y Zuaqua, a una columna de trabajadores que desfilaba en paz después de un mitin en la plaza Zaragoza. Tres obreros resultaron muertos en esa acción y herido de gravedad, entre otros muchos, el dirigente obrero Tomás Cueva. La violencia desatada por ese grupo contra obreros y sindicatos llegó a tal grado que obligó al gobierno del estado a ordenar su expulsión de la ciudad.

Aquí, en Monterrey, se fraguó, en 1938, la candidatura presidencial del general Juan Andrew Almazán. Jefaturada por este general de antecedentes no muy ortodoxos —maderista, zapatista, huertista, anticarrancista y finalmente obregonista— toda la reacción nacional se lanzó a la conquista del poder. Fue una campaña política sangrienta, explosiva, que no desembocó en alzamiento militar porque, al final, Almazán abandonó a sus partidarios y fue a refugiarse a La Habana, Cuba.

Con el ascenso del general Manuel Ávila Camacho a la presidencia de la República y con el estallido de la segunda guerra mundial y la participación en ella de nuestro país, la política nacional tomó otros rumbos y la situación social, en Monterrey, empezó a perder su enconada intensidad.

El Monterrey moderno –opulencia y miseria– perdió, no obstante, el sentido de sus orígenes. Ciudad industrial por excelencia, se ha convertido en una ciudad fenicia. La dominan los hombres Alfa, a lo Brave New World, de Aldous Huxley.

Aparte de algunos remilgos culturales, predomina aquí el ambiente y el espíritu de los negocios. Los regiomontanos son importantes si han acumulado fortunas igualmente importantes; de otro modo, son pueblo, gente del pueblo. El peso de sus grandes corporaciones industriales y financieras, que extienden su influencia en todo el ámbito nacional, lo domina todo. Instituciones culturales, como el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey y otros centros de educación, nacieron como negocios paralelos de esas corporaciones, dedicados a preparar hombres de negocios. La Universidad llamada Autónoma de Nuevo León, fundada en el impulso sano y generoso de Raúl Rangel y José Alvarado, perdió, por los años sesenta y después de un duro asalto de las corporaciones contra el ejercicio de su autonomía inicial, su función de rectora y animadora de la cultura de altos vuelos, para caer atada a la mediocre labor de iniciar a los estudiantes en carreras profesionales que conducen a la práctica del aprendizaje con claro sentido de negocio personal. Limitados y mal distribuidos sus recursos, la Universidad abandonó su primitiva vocación hacia la investigación científica de alto nivel, de las humanidades y de la sociología moderna. La Universidad, ahora, es un reflejo desteñido y sin vigor del ambiente general de la ciudad de los negocios, adorme-

cida por la prédica diaria que recibe sobre las virtudes de los hombres superiores, los hombres Alfa.

El gobierno del estado, antiguo ordenador de la vida político-social de la entidad, ya no la ordena conforme a los principios elementales surgidos del cruento plebiscito nacional que fue la Revolución de 1910, los principios de libertad para la justicia social como fundamento de la ley. Ahora impone un orden propio: mucha administración tendiente al *crecimiento económico*, no importa que éste resulte bastardeado por la inversión directa extranjera y por la industria maquiladora, igualmente extranjera.

Los sindicatos de obreros, sometidos al imperio de un Pacto de Solidaridad –inconstitucional por lo que tiene de forzoso– ven congelados sus salarios en clara limitación de sus derechos legales. ¡Un mundo feliz!

Lunes 5 de febrero de 1990.

esto sin dar mayor explicación de su proyecto de noche
por acallar cualquier y aceptar para todos los días
deca. Ha generalizado al PAN las campañas de
tiempo electoral en todas las campañas con el PAN
se queda y en algunas despectivas para el PAN para
sus candidatos y para el mismo gobierno. A nivel
-no se ha considerado para el PAN las campañas
cómo se cree que el candidato del PAN maneja
este comportamiento por ignorancia de las cuestiones
candidatos de carácter económico y social que la socia-
dad quiere ver resueltas como resultado del trabajo que
el Gobierno de quien sea elegido gobernador en estas
elecciones y no se debe estar preocupado el can-

Los partidos políticos ante las elecciones 1997

He aceptado la invitación del "SUTERM" para reunirme con ustedes a examinar ciertos puntos de la temática electoral que se maneja aquí, en Nuevo León, porque me he dado cuenta de que el Partido Acción Nacional, principal partido de oposición, ha orientado su propaganda hacia cuestiones políticas y sociales realmente insubstanciales y sin ningún interés concreto para el pueblo.

Con ello revela este partido o bien su ignorancia de los problemas sociales y políticos que mantienen agobiada a la sociedad nuevoleonense o bien el deseo de eludir la discusión franca y abierta de tales problemas. Precisamente por la actitud de este partido la campaña electoral ha resultado floja, indiferente al interés de las grandes masas de población que van a votar el próximo 6 de Julio. Ciertamente, el candidato a gobernador del PAN ha tocado algunos problemas importantes, pero de modo superficial y vulgar. Ha hablado de educación, pero sólo en lo que concierne a la relación del gobierno con los profesores. Ha hablado de aumentar el empleo en el estado, pero no menciona ni los recursos ni los medios para lograrlo. Y también ha hablado de algún proyecto de obra pública destinada a promover el desarrollo económico de algunas zonas geográficas del estado,

pero sin dar mayor explicación de su proyecto de modo que resulte entendible y aceptable para todos los ciudadanos. En general, el candidato del PAN ha empleado su tiempo electoral en repetir consignas vacías como: "¡si se puede!", y en alusiones despectivas para el PRI, para sus candidatos y para el mismo gobierno.

No es creíble que el candidato del PAN mantenga este comportamiento por ignorancia de las cuestiones candentes de carácter económico y social que la sociedad quiere ver resueltas como resultado del trabajo en el gobierno de quien sea elegido gobernador en estas elecciones. Y no es creíble esta ignorancia porque el candidato del PAN pertenece a un partido nacional que ve en las elecciones de Nuevo León sólo un episodio más, aunque sumamente importante, de su campaña general para aumentar su poder político y, a su tiempo, ganar el dominio del gobierno de la República. Se trata, entonces, de mantener ocultos los propósitos verdaderos, los que inspiran la actividad del partido desde su nacimiento y que no son materia de discusión porque son invariables. Se trata, pues, de ganar el poder por medios banales, pero eficaces, y, desde el poder, poner en ejecución su ideología reconocidamente retardataria.

Entre los *eslogans* de campaña que usa con mayor frecuencia el candidato de Acción Nacional, destaca la afirmación de que la actual crisis que padece el país es el resultado de la política errónea que ha practicado el gobierno desde hace más de setenta años. El PRI y el gobierno son una misma cosa, afirman los dirigentes de ese partido y de ahí han deducido la denominación del PRI-Gobierno para el régimen que ha gobernado a la nación durante todo ese tiempo. Los setenta años que ha gobernado el PRI-Gobierno ha sido tiempo perdido para la nación, afirman los líderes del PAN.

Yo pertenezco a una generación que, justamente por haber nacido en los alrededores del año 1910, fecha en que estalló la Revolución Mexicana, estuvo ligada vi-

tal y culturalmente al desarrollo de la Revolución, después de que ésta fue institucionalizada. Esta generación fue la que sucedió en todos los sectores y niveles de la actividad nacional a la que había participado con las armas en la mano en el período violento de la misma Revolución. A partir de 1929 y, un poco más tarde, en 1935, esta generación asumió el papel protagónico en la construcción de la nueva nación surgida de la Revolución. Los miembros de esta generación nos propusimos crear una nación moderna, independiente, soberana, dueña y rectora de su propio destino. Luchando a veces duramente contra el gobierno cuando éste se apartaba de los principios constitucionales y otras al lado del gobierno cuando sus jefes eran idóneos y consecuentes con nuestras posiciones políticas, creo que logramos gran parte de nuestros propósitos, tanto en el terreno de la economía, como en el de la cultura y la reforma social. Pongo como ejemplo a Alejandro Gómez Arias, a Manuel Moreno Sánchez, a Octavio Paz, a López Mateos, a José Alvarado, a Raúl Rangel Frías, al autor de estas líneas. Y si mi generación fue responsable, con su acción y su pura presencia política, de lo ocurrido en México por lo menos hace cincuenta años, justo es que me indigne ante la afirmación de que esos años fueron perdidos para México. Esa afirmación sólo puede entenderse como la expresión del odio que suscitó el progreso de la nación entre la masa de gentes retardatarias, latifundistas expropiados, jerarcas de la Iglesia y políticos de Washington que luchan aún por rescatar la propiedad del petróleo mexicano.

El desarrollo de México en los últimos setenta años, aún descontando los que estuvieron bajo el mandato malhadado de Miguel de la Madrid y de Salinas de Gortari, fue prodigioso, único en América Latina, sobre todo si se tiene en cuenta el estado en que se encontraba el país al triunfo de la Revolución, es decir, en los años de 1917 y 1920.

Así era México en aquellos años

No sólo la estructura económica y social de la nación era la misma que existió desde antes del porfiriato, con sus enormes latifundios que abarcaban casi la totalidad del territorio nacional, con sus millones de campesinos esclavizados en las haciendas, con sus obreros explotados durante más de diez horas diarias en las fábricas, en los obrajes y en las minas; con unas cuantas escuelas atendidas por maestros considerados como burócratas de ínfima categoría, con una clase clerical arrogante y al servicio de los poderosos hacendados y capitalistas. La Revolución había destruido lo poco que había logrado construirse en el campo.

Cuando ya habían pasado los gobiernos de Carranza y Obregón, la ciudad de Monterrey, por ejemplo, ofrecía este lamentable aspecto, según los historiadores y según lo vivió quien esto escribe. En 1923 la ciudad se encontraba en paz, pero la ciudad estaba totalmente trastornada. Las vías de ferrocarril estuvieron por un tiempo destruidas y era lento el transporte de Monterrey a otros lugares del país; algunas fábricas y comercios se encontraban en plena bancarrota o estaban cerradas porque sus dueños habían emigrado a Estados Unidos por temor a la Revolución. Urbanísticamente, la ciudad era un desastre. Ninguna calle estaba pavimentada y, cuando llovía, todo era puro lodazal. Al norte de la calle Aramberri, las calles presentaban un hacinamiento de jacaes, tejavanes y corrales bardeados de ramas, alambre de púas o desperdicios de latería. El alumbrado era mínimo. La ciudad contaba con siete mil focos, uno en cada cruzamiento de calles y dos o tres en las casas privilegiadas. La ciudad, con todo y su tejavanerío, estaba limitada, al norte, por la calzada Unión, hoy Madero; al sur, por el río de Santa Catarina; al poniente, por la calzada Progreso, hoy Pino Suárez, y al oriente, la ciudad se diluía hasta llegar de nuevo al río.

El barrio de San Luisito, hoy colonia Independencia, totalmente a oscuras, era totalmente ajeno a la ciudad.

En lo social, el Colegio Civil del estado tenía trecientos once alumnos, contando a los que venían a estudiar de Tamaulipas, de Coahuila y de Chihuahua. La escuela de leyes contaba con 16 alumnos y la de medicina, con otros 16. La Escuela Normal tenía 44 alumnos y la educación primaria de la ciudad estaba atendida por 143 maestros.

En lo industrial, la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, que era la mayor fábrica regiomontana, trabajaba tres o cuatro semanas y detenía sus labores por cinco o seis meses por falta de mercado. La Cervecería Cuauhtémoc se sostenía proveyendo de cerveza a burdeles y cantinas.

Así era Monterrey, al iniciarse el gobierno de la Revolución. En peores condiciones se encontraban otros estados de la República.

Además, la Revolución encontró, al iniciarse su gobierno, que los recursos fundamentales de la nación, sin el dominio de los cuales es casi imposible su progreso independiente, estaban en manos extranjeras.

La minería estaba en manos de empresas norteamericanas, las que explotaban sin controles oficiales porque el general Díaz les había entregado el subsuelo en propiedad. No pagaban impuestos sobre la producción por la misma razón. La fundiciones de metales, instaladas en Monterrey, San Luis y Chihuahua, eran igualmente propiedad de norteamericanos.

El petróleo estaba también en manos de norteamericanos, ingleses y holandeses. Tampoco pagaban impuestos porque estaban protegidos por la misma ley que les daba la propiedad del subsuelo. Los campos más productivos se encontraban en Veracruz, en la zona de Poza

Rica. El petróleo se extraía y el crudo se conducía a la costa en oleoductos especiales para ser embarcado y llevado a las refinerías de los Estados Unidos. Unas viejas refinerías en Poza Rica y en Tampico proveían de gasolina a los escasos automóviles que había en el país.

El carbón para alimentar a las locomotoras de los ferrocarriles también era propiedad de norteamericanos. La mina principal estaba en Nueva Rosita, Coah.

El servicio de luz eléctrica lo proporcionaban, también, distintas empresas norteamericanas en todas las ciudades del país. El general Porfirio Díaz les había otorgado la concesión correspondiente en 1910 y en 1911 por un término de cincuenta años. Nadie podía producir energía eléctrica en las ciudades para servicio público, aparte de las concesionarias.

Los ferrocarriles eran igualmente propiedad de norteamericanos.

En estas condiciones había que reconstruir a la nación. Se trataba, más bien, de construir una nueva, con base en la Constitución de 1917, puesto que lo que llamamos nación sólo existía territorialmente ya que sus recursos naturales fundamentales eran ajenos y la tierra, que es el más importante medio de producción, estaba acaparada casi en su totalidad por un pequeño grupo de latifundistas, mexicanos y extranjeros. Obviamente, los dueños de esos recursos no tenían el menor interés en el desarrollo de una economía mexicana ni los dueños de la tierra lo tenían en repartirla entre los campesinos.

El primer gobierno de la Revolución fue el de Carranza, pero éste no pudo ni siquiera organizar a la población insurreccionada ni formar una nueva Administración Pública. La exigencia de la gente por obtener tierra y medios de trabajo era imperiosa y constante. El general Álvaro Obregón se sublevó y Carranza, vencido, fue asesinado en la sierra de Puebla.

Obregón sucedió a Carranza en la presidencia de la República. Empezó por formar un solo ejército con la gente armada que actuaba independientemente al mando de jefes que habían surgido espontáneamente de la Revolución. Pero el gobierno de Obregón no fue reconocido diplomáticamente por el de Estados Unidos. Los norteamericanos exigían la firma de un convenio con el gobierno de México por virtud del cual el artículo 27 de la Constitución mexicana no fuese aplicado a los bienes industriales y agrícolas que poseían aquí los norteamericanos. Se trataba, precisamente, del artículo que nacionalizó el petróleo, los minerales y obligaba al gobierno a repartir la tierra de los latifundios a los campesinos.

Obregón se negó a firmar semejante convenio y sufrió, durante tres años, el bloqueo económico de los Estados Unidos. El clero católico, aprovechando las dificultades del gobierno de Obregón, promovió una gran agitación contra el gobierno con el propósito de que le fuesen reconocidos sus antiguos privilegios negados por la nueva Constitución del país. Incluso el clero intentó asesinar a Obregón por medio de un tal Segura Vilchis, quien arrojó una bomba contra el automóvil en que viajaba Obregón.

Con la nación más o menos en paz, aunque con la agitación del clero católico, Obregón empezó la obra del gobierno de la Revolución.

Lo primero fue organizar la hacienda pública. Después, designó a José Vasconcelos como secretario de Educación Pública. Y éste, Vasconcelos, empezó la obra prodigiosa en favor de la educación y de las artes que no ha tenido paralelo ni antes ni después de la Revolución. Había que alfabetizar a la nación, que era analfabeta en noventa por ciento. Había que enseñar a leer a la población. Pero no había libros. En México no se publicaban libros, salvo uno que otro que se editaba en pequeños talleres artesanales. No había libros para las escuelas pri-